

Gustavo Urrutia

«Ideales de una Raza»
Diario de la Marina, La Habana
Las diez primeras columnas (Abril 1928)*

LOS IDEALES DE UNA RAZA
(Abril 16 de 1928, p. 1)

Desde mañana lunes comenzará a publicarse en estas columnas una interesantísima sección que bajo el rubro de “Los ideales de una raza”, escribirá el distinguido ingeniero señor Gustavo Urrutia.

La finísima visión del señor Urrutia enfoca, en problemas de honda actualidad, cuanto conviene al progreso, los mayores adelantos y refinamientos de la cultura de la raza de color en Cuba, tratados con una elevación propia del bellissimo tema, de su perfecto conocimiento de las ansiedades de la meritísima clase social y del beneficio patriótico que ha de reportar a nuestro país su perfeccionamiento.

[Lorenzo Frau Marsal]

DE LA PROPIA EXPERIENCIA
(Abril 18 de 1928, p. 8)

Cuando allá por el año 1901 era yo un alumno eminente de la Escuela de Comercio de la Habana. Existía ya la simpática Institución de los Aguafiestas, varios de cuyos miembros,

amigos míos, blancos y negros, a menudo me preguntaban con la mejor intención, qué iba a hacer con tantos premios y tantos lauros, si no podría trabajar en el Comercio, siendo yo negro.

Yo les replicaba, para no desalentarlos, que quería saborear la pena del desengaño. Ellos se refocilaban y yo gozaba con el bien que les hacía. Y todos contentos.

Más resultó que un año antes de graduarme, un profesor meritísimo, un cubano eminente, el doctor Ignacio Remírez de Estenoz me recomendó a la casa de comercio de otro cubano ejemplar, D. Jorge Fortún y André, activo, inteligente y con un sentido comercial que ya habrían querido para sí, algunos genios de las vacas gordas.

Allí caí en plena calle de la Muralla, entre cubanos y españoles, y con tan buen pie, que, salvo algunos tropiezos tales como no saber doblar una carta para meterla en el sobre, después de haber sabido calcular perfectamente una factura inmensa de bisutería alemana fui ascendiendo rápidamente hasta que llegué a ser Jefe del escritorio y corresponsal en Inglés y Español del mismo, en muy pocos años.

La “Institución” se mantuvo en muda todo ese tiempo esperando mejor oportunidad para ejercer su benéfica influencia.

* Este trabajo documental fue realizado por Pedro A. Cubas H., CIDCC Juan Marinello (compilación y transcripción), Takako Kudo, Biblioteca de la Universidad de Miami (compilación) y Susana García Rivero, Facultad de Lenguas Extranjeras de la Universidad de La Habana (transcripción).

Cuando dejé la casa de Fortún y recomendado por él mismo entré en negocios por mi cuenta con tres de las principales tiendas de ropa de la Habana, la venerable Institución preparó sus baterías y afinó la puntería, pues no era posible, según ellos, que los españoles se avinieran a proteger y ayudar a un cubano, y negro nada menos.

Los "Solís Entralgo y Ca.", los "García y Sisto", "los Soto y Fernández" y otros comerciantes, me acogieron con tanto afecto, apreciaron tanto mi seriedad y actividad, que hoy, después de tantos años, ajeno ya a aquellas tareas comerciales, me honran todavía con su amistad, y cuando visito sus casas bellas y poderosas, me dispensan esa cordialidad alegre, llana y leal característica de los españoles, que aman o repudian, pero no disimulan.

Sin embargo, los sucesores de aquellos aguafiestas de mi tiempo, más avanzados, más telepáticos que sus padres, aunque procuro no oírlos, me impresionan, me dicen cómo lo mío fué [sic] un caso esporádico, que ellos tienen la razón, que cómo no se vé [sic] ni una sola muchacha negra o mestiza entre la dependencia femenina de esas casas ni de las otras. Y yo no quiero creer en la mala intención ni en el plan preconcebido e inexorable que apuntan. Sería muy triste y yo soy optimista. ¿Pueden haber cambiado esos hombres tan radicalmente? ¿Qué motivo hemos dado?

Personas respetables, prestigiosas, inteligentes y cultísimas, se preocupan, estudian y denuncian públicamente lo que califican de conjura del hambre. Esos no son aguafiestas y merecen todo mi respeto. Pero en el optimismo de mi experiencia veo un recurso que aún no se ha tocado. Pidamos la cooperación de esos mismos elementos blancos para rectificar ese abandono que me parece accidental.

Yo me propongo desde esta sección, dirigirme a esos mismos comerciantes amigos míos, para explicarles nuestros puntos de vista, y a todo el país, sobre este problema concreto, y otros tantos que a todos, blancos y negros, nos urge resolver conjuntamente, y hacer ver además cómo piensa, cómo siente, cómo sufre y qué anhela la raza de color de Cuba.

Que se nos escuche, que se sienta latir nuestro corazón y la nobleza de nuestros ideales nos devolverá la simpatía, hoy nublada, no sé por qué.

Gustavo E. Urrutia.

EXPLICANDO

(Abril 19 de 1928, p. 8)

¡Calma señores, que todo se andará!

Aunque de pronto no lo parezca, tienen mucho que ver los ideales con los prosaicos salarios de las tiendas de ropa, por ejemplo. Por lo mismo que las cosas más antitéticas suelen tener algún nexo que las relacione.

El ideal, a mi entender, es el límite abstracto de perfección moral, cívica o estética hacia el cual debemos avanzar aunque jamás podamos alcanzarlo, pero que, aproximándonos a él más cada día, contribuimos al progreso y felicidad común.

Pero esta Sección no se ha creado para decir generalidades ni exponer bellas abstracciones filosóficas. Aquí estamos pidiendo a todos su concurso leal para estudiar y solucionar tantos problemas que son sencillos en el fondo a poco que se analicen con buena voluntad, pero que requieren ser planteados en términos claros y precisos.

Por eso presentamos casos concretos aunque puedan parecer prosaicos, ya que esto no es academia, ateneo ni cátedra, sino más bien taller, laboratorio, clínica. Mas del estudio de los problemas concretos esperamos obtener, sino la panacea para nuestros males, una mayor comprensión de nuestros dolores y que se resplandezcan siempre los nobles ideales que nos alientan.

Claro que el ideal de la raza negra no es despachar cintas, papelillos o víveres en el mostrador; ni ser conductores en los tranvías; ni escogedores en las tabaquerías; ni cancilleres, cónsules o ministros en el extranjero, ni otras cosas más o menos brillantes y productivas, sino poder, prácticamente, serlo cuando lo desee, y contribuir con su actividad inteligente al bienestar general, y particular de él.

Nuestros ideales, desde luego, son idénticos a los de todas las gentes civilizadas, y la novedad de esta Sección no estriba en descubrirlos, porque todos los conocen como cosa propia.

El quid está en la exposición subjetiva. ¿Cómo sentimos? ¿Cuál es nuestra ideología? ¿Concuerdan la realidad de nuestros ideales y sentimientos con la opinión que de ellos tiene la raza blanca? Y si no concuerda, ¿Podemos trabajar conjuntamente para localizar el error y eliminarlo?

En Cuba el cariño fraternal entre el blanco y el negro existió durante la esclavitud y a pesar de ella. En los tiempos heroicos esa fraternidad fué la base de todos los sacrificios y el alma de la contienda.

Después, cuando el color del corazón se tradujo en palabras escritas en nuestra Constitución, todo vino cuesta abajo, ideales, fraternidad y hasta la misma simpatía que inspiró el negro por su abnegación.

¿Cabe esperar que todo ello se renueve? Yo afirmo que sí, y creo que lo mismo que nuestro pueblo ha correspondido a la noble campaña del General Machado por la regeneración de las costumbres públicas y la reafirmación del nacionalismo, tampoco ha de volverle la espalda a la raza negra cuando lo solicite para esta obra que también es de nacionalismo puro.

Nosotros haremos campaña de simpatía, “de buena voluntad” como se dice ahora, sin Lindbergh ni aeroplanos, pero con la ayuda de muchísimos blancos cubanos y españoles, previsores y generosos que no pueden ser felices sin la felicidad general.

Como deseamos y debemos vivir en nuestro país como en casa propia, procuramos romper el hielo que nos circunda, haciéndonos comprender. El progreso cultural alcanzado por la raza de color desde la esclavitud hasta hoy, gracias a su tenacidad y al aprovechamiento de los medios puestos a su alcance, conmovería el alma de los blancos más indiferentes si lo conocieran. Ellos han tratado y admirado a muchos negros notables, ilustres, pero desconocen el tipo medio, que dá fisonomía propia a nuestra raza.

Esa gente anónima que cada día ve más lejos su pan, y que sufre callada la falta de amor de sus hermanos, con tristeza, pero sin desaliento, es la que quiere, la que necesita que su tragedia se presente ante la conciencia cubana, para que nos ayude a ocupar el puesto que nos corresponde.

Gustavo E. Urrutia.

EN LAS TIENDAS

(Abril 20 de 1928, p. 8)

Pues bien, cuando yo entro como en mi propia casa en dos de las tiendas de ropa más importantes de La Habana, establecidas en San Rafael, por más señas, pensando en la sinceridad con que me tratan sus dueños, en lo limpios que están sus corazones de toda preocupación racial, nunca puedo evitar una sombra de tristeza, cuando en medio de aquel lujo y de aquellas buenas muchachas de los mostradores, no encuentro ninguna de color. Las hay en los talleres, y bastantes, pero nunca en contacto con el público.

Es curioso.

Como parece que tengo un poco de espíritu analítico he pretendido descifrar el intríngulis, pero confieso que he fracasado. Francamente.

Porque, vamos a ver. ¿El público repudia la dependencia de color?

En primer lugar, no lo saben esos comerciantes amigos míos, ni los otros, porque nunca lo han experimentado.

En cambio yo si puedo asegurar que nuestro público no solo no la repugna, sino que al contrario le agrada mucho.

Han existido y aún existen establecimientos de modas, de curiosidades, de repositería, de refrescos, de joyería, etc. [sic], cuyos dueños, de color, tienen dependientes negros y blancos juntos, y nuestro público, incluyendo las familias más refinadas de Cuba, concurren a ellos con mucho gusto.

Yo mismo fui vendedor de perfumería, joyas y ropa sacada de esas mismas tiendas de San Rafael y visitaba hogares tan respetables y escrupulosos como los de Pedroso, Desvernine, Valcárcel, Juarrero, Galárraga y otros, cuyas señoras eran mis clientes, y no sólo me compraban muy a gusto, sino que además me recomendaban muy complacidas a sus parientes y amigas.

Las modistas, sombrereras, dentistas, comadronas, quiropedistas, músicos, sastres, etc. de color, siempre han recibido la protección más decidida de los blancos.

No es pues el temor a perder la clientela lo que cierra las puertas de las tiendas a nuestras muchachas.

Tampoco existe entre nosotros un antagonismo capaz de rozamientos entre las muchachas de distintas razas. Ellas trabajan juntas en los talleres de esos mismos establecimientos, en la mayor intimidad y armonía [sic], unidas por los lazos simpáticos del compañerismo, como igualmente conviven en las mismas casas modestas de vecindad, y sus amistades nacidas al calor del trabajo o de la proximidad de sus habitaciones, durante muchas veces toda la vida

¿Carecen de formalidad, de disciplina o de habilidad las jóvenes de color?

Todos sabemos que nuestras jóvenes blancas y negras son formales, trabajadoras, juiciosas y virtuosas. Las de color no han pasado por la prueba del mostrador, pero lo han demostrado en otros medios más peligrosos. En cuanto a la disciplina, en los talleres ahora, y antes en el servicio doméstico, han sido siempre ejemplares.

¡Ah, pero la habilidad!

Esa la adquirirán como todos los demás empleados del comercio; pasando por el aprendizaje, como pasan las jóvenes blancas, como pasé yo mismo a pesar de mi perfecta preparación académica y como deben pasar ellas para que lleguen a conocer el oficio y se retiren las que no tengan condiciones.

¿Será entonces por razones de estética?

Pero ya este es otro aspecto más sutil de la cuestión. Mejor será dejarlo para mañana.

Gustavo E. Urrutia.

VARIACIONES

(Abril 21 de 1928, p. 7)

Decíamos ayer que tal vez por razones de estética están excluidas del Comercio las muchachas de la raza negra, y prometíamos analizar este aspecto de la cuestión.

Nobleza obliga y hay que cumplir.

Me parece que siempre fue difícil fijar el concepto, pero, ahora, con las nuevas tendencias artísticas, que a veces producen figuras con caras torcidas, piernas hinchadas y brazos de foca, resulta una tarea reservada al genio.

O tal vez nó [sic]; quizá sea muy fácil. Voy a tratar de definirla; valor:

“Las cosas pasan como si la Estética fuese una abstracción ideada por los hombres de buena voluntad para dejar contento a todo el mundo”.

Los blancos, los negros, los chinos, los indios tienen sus tipos de belleza y cada cual encuentra el suyo admirable.

Mi abuelo negro, que era un príncipe lucumí (auténtico), con la nariz chata y belfudo, era la admiración de sus paisanos y llevaba con íntimo orgullo sus rayas en la cara. Y mi abuelo blanco, descendiente de la casa de Quirós se distinguía por su nariz, plusquam-perfecta que observaba con deleite reproducida en uno de mis tíos.

Por lo que a mi toca, puedo consignar que las muchachas de color, “vistas a través de mi temperamento” –como dicen los artistas mediocres para disculpar sus errores– me lucen requetebién. Palabra.

Y que las tenemos de todos los matices; de todos los tipos, desde el africano más puro hasta el “cuasi” caucásico, pasando por las “moras”, “chinas de la tierra”, hijas de chino, pardas, etc., hasta lo que en matemáticas llamamos “el límite”.

Es muy pintoresco, y produce la admiración de los europeos que nos visitan, gentes refinadas que, como ocurre en otras cosas, descubren encantos en nuestra tierra, que ignoramos nosotros mismos.

Lo que detesto cordialmente es el colorete y los polvos de arroz, pero la mujer no admite

intervención en su toilette, por persuasiva que sea, y yo me resigno.

¿No les parece a Uds. el cuadro de las tiendas un poco monótono, con sus muchachas, todas blancas, todas lindas, con ese tipo de belleza tan justamente alabado de la mujer cubana?

¿No podría dársele algunos toques geniales, “definitivos” mejorando los pinceles en la paleta brillante de la raza de color?

Esas tiendas modernísimas pagan crecidos sueldos a sus expertos europeos para que les arreglen los escaparates, con el resultado lisonjero, maravilloso, que todos conocemos y que contribuye tanto a la sorpresa gratísima de los extranjeros que vienen a La Habana como quien sale al campo.

Pues bien, podríamos encomendar a esos artistas la distribución en lugares apropiados, de las muchachas de distintos colores. Las más prietas a la luz natural o artificial; otras en la penumbra; otras en la sombra; con absoluta sujeción a las leyes de los “valores” y las tonalidades. En fin, “harmonizar” [sic] el cuadro.

—¿Qué te parece la idea? —como dice mi opulento amigo René Morales.

De veras que no es disparatada; que no es solamente el producto de mi gran amor a mi gente.

Aquí tengo a la vista el último número de “Carteles” —el popular semanaria [sic]— que tiene un cuadro de dos páginas compuesto por un artista seguramente, con varios grupos de muchachos blancos y de color que triunfaron en el Carnaval Atlético. Y, fíjese bien, hay también un fotograbado de las cinco muchachas de color de la “Unión Fraternal” que ganaron una copa de plata. La composición es hermosa.

“Fine”.- Esta publicación está contribuyendo eficazmente a la felicidad de la patria.

Nota:- En la próxima sesión de este juicio informará el defensor.

Gustavo E. Urrutia.

LA DEFENSA

(Abril 22 de 1928, p. 7)

El Tribunal está formado por cinco señores Magistrados. Don Pepe Solís preside, y le acompañan D. Casimiro García, D. Faustino Angones, D. Víctor Campa y D. Sebastián Soto.

La Sala colmada de un público atento y grave que ha seguido con interés vivísimo los incidentes de este juicio simbólico; es el pueblo de Cuba que sabe cuánto le incumben las implicaciones de esta querrela.

El Presidente concede la palabra a la defensa. Hay un silencio angustioso y solemne.

El Defensor se levanta, y con voz clara y reposada, dice: Señor Presidente y señores Magistrados:

Quisiera que Dios me prestase talento y elocuencia bastantes, para poder llevar a vuestras conciencias y a vuestros corazones, la esencia de nuestros pensamientos y de nuestros ideales. Para que, viendo en mi alma limpia y transparente la bondad de la causa que defiendo, os apercebáis a dictar una sentencia que, siendo justa y humana, ha de servir, al sentar jurisprudencia, de consuelo y estímulo a una raza noble, leal y cariñosa, que no queriendo envenenar su alma con el pesimismo enervante y destructor, todavía tiene fé [sic] en el triunfo de la equidad y la fraternidad universales.

Vosotros, señores Magistrados, que siendo extranjeros no sois extraños para nosotros por motivos históricos, y porque tenéis en Cuba vuestros amores y vuestros tesoros, volved vuestras mentes al pasado, y asumid, con el aplauso ingente de todos los cubanos, negros y blancos, el papel glorioso de aquella Junta Abolicionista española, que con su obra plena de caridad cristiana, inició la emancipación material de mi raza en Cuba, y preparó la mente de nuestros hermanos blancos, para la obra hermosa de fraternidad cubana que culminó en la magnífica realidad política que hoy gozamos.

Concurrid a librar la raza de color de la esclavitud económica que nos aniquila, dando

cabida en vuestros comercios a esa juventud animosa, que está triste de verse castigada por no sabe que faltas.

Iniciad la obra amable de levantar al caído, seguros de que tendréis la colaboración de los blancos cubanos, que también nos aman, y que os secundarán ahora, como os emularon en aquellos tiempos sombríos de la esclavitud civil.

Acoged diligentes el papel eventual que os ha tocado en esta ficción procesal que mi mente ha forjado para exponer un profundo anhelo de la raza negra, que, para empezar a expresarse de algún modo, ha enfocado el tópicus de la participación del negro en el Comercio.

No es que yo crea, señores Magistrados, que vosotros seáis los directores de la conciencia nacional, pero sois una parte de ellos. Nosotros sabemos, gracias a Dios, que lo mismo podíamos comenzar nuestra honrosa labor tocando el corazón de nuestros paisanos blancos, con la misma fe en que seríamos atendidos; y esto que os digo ahora, lo veremos confirmado en la resolución de tantos otros delicadísimos problemas sociales que nos solicitan.

Pero ya que sois factor tan influyente en los destinos de mi Patria; ya que, como dijo nuestro general Machado, nunca podremos considerarlos extranjeros; ya que sois los herederos de aquellos preclaros abolicionistas españoles, tended vuestras manos a la raza negra, que es noble, que es honrada, que es inteligente y laboriosa como la vuestra, y que por sus virtudes, más grandes que sus defectos, debe participar de todas nuestras alegrías, como comparte nuestros dolores y que tiene derecho a no vivir acorralada.

Señores Magistrados, he cumplido mi misión. Dios quiera que os haya conmovido, que os haya convencido. Y al dictar vuestra sentencia recordad que vais a escribir una página trascendental en la historia de Cuba en estos momentos críticos de renovación constructiva.

He dicho.

Gustavo E. Urrutia.

FRÍVOLO

(Abril 23 de 1928, p.7)

- “Señores, en la lección anterior habíamos visto que...”

Así empezaba siempre el extinto doctor Biosca sus amenísimas conferencias de Física en nuestra Universidad. Pero habíamos quedado en que esto mío no es cátedra y en que yo todavía no soy sabio.

También me sirve este regreso a la realidad para arrepentirme de volver a tratar hoy de las tiendas de ropa. El Tribunal tiene su término para fallar. Dejemos eso por ahora, que está en buenas manos.

Lo mejor será tratar de mí mismo; que ya estoy sintiéndome personaje desde que el bondadoso y hermético Frau Marsal se le ocurrió poner en el lugar más preeminente del DIARIO aquel suelto tan galante que anunciaba al público mi aparición en la cuelda [sic] floja sin más balancín que mis brazos esqueléticos, ni más red protectora que la muy precaria de la necesidad sentida y el deber cumplido que usamos los aficionados.

Por cierto que ese hecho exorbitante y generoso no me dejó [sic] satisfecho, —que tan honda es mi vanidad— porque no iba acompañado de mi retrato como correspondía.

El sabe muy bien que aquí en el archivo hay un retrato mío, muy retocadito, que sirvió hace tiempo para hacer rabiar a mis enemigos, que los tengo como toda persona decente. ¿Por qué no lo repitió ahora? Siendo Frau tan buen escribano estaba indicado el “borron”.

El título de mi Sección es atractivo, pero un poco vago: Ideales de una raza. ¿De qué raza? “Por Gustavo E. Urrutia”... ¿Quién será este tipo? —decía un criollo la otra mañana en una guagua de La Precisa. Con haber ubicado mi retrato se hubiera evitado este comentario que me hizo encogerme más en mi asiento. Y además, que a mi me gusta mucho retratarme. Es humano, y lo confieso.

Tal vez para compensar esta omisión traviesa, me dio el título sonoro de ingeniero. No, por Dios, yo no soy más que Arquitecto.

He observado que muchas personas afables pero sin la cultura universal de Frau, –que entiende bien todo esto– cuando quieren halagarme –Dios se lo pague [sic]– me llaman Ingeniero o Doctor, pensando, digo yo, en lo contento que se pone un coronel cuando lo llaman General, o un Hermano cuando le dicen Padre. Pregúntenle a un Ingeniero a qué le sabe cuando se va a graduar de Arquitecto y lo suspenden.

Ya estaba tentado a dar una explicación erudita de la diferencia entre un Ingeniero y un Arquitecto, pero me reservo por si alguna institución cultural me solicita para una conferencia. Fe y adelante.

Eso del deseo de halagar me recuerda lo que me pasa cuando a menudo con numerosos amigos blancos, que, cuando me quieren dar la prueba de estimación, me dicen que no tendrían ningún inconveniente en sentarme a su mesa. Desde luego que hay otros que me sientan sin más trámite, como lo hago yo con ellos.

Entre aquellos los que apenas se llaman Pedro, pero otros son gente que vale, y de muy buena fe. No es cosa de estar rectificando a cada momento, y ahora lo saco porque esto es impersonal.

Es un estado mental morboso, que, entre otras cosas denuncia una admirable ignorancia de la delicada percepción de un negro culto y digno, y también es una razón que sustenta mi opinión de que muchísimos señores blancos que son muy buenas personas, no conocen ni por el forro el epítome de la ideología de los negros civilizados y en particular del negro cubano.

Bailamos en el mismo patio, con la misma música, pero como sucede en los bailes cooperativos de nuestros pueblecitos de campo, pagamos por mitad el salón, la orquesta, la luz, pero hay una cuerda dividiendo el local; y, lo que es peor, una cortina que nos impide conocernos mutuamente.

Ahí es donde hay que bregar, en recoger la cortina; la cuerda es lo de menos; ella después se desataría sola.

Gustavo E. Urrutia.

LA BASE

(Abril 24 de 1928, p.9)

En una bonita zarzuela española del género grande, el barítono salía a escena a horcajadas sobre un burro que andaba dando coces a diestro y siniestro.

El artista explicaba en su canto:

“Como soy de policía

“Y este burro es de un ladrón...”

Pues bien, yo que aquí soy un barítono –se entiende– también explico que aunque escribo para espíritus selectos (que tal vez ni me lean), los otros, los que dan coces y que parece que si me hacen la merced de enterarse, ya están haciendo cábalas para desentrañar lo que yo me traigo con esta lata de los “ideales”. Porque no hay que andar creyendo ni en románticos ni en altruistas. A éste le duele algo o se quiere redondear, dicen ellos.

Por eso quiero repetir ahora, pero de un modo más inteligible para ellos, lo que ya he dicho en el lenguaje propio de la minoría selecta a quien me dirijo siempre, con exclusión de los orejudos.

A saber:

Que a mi no me duele nada. Que no tengo despecho ni bilis contra nadie. Que no he recibido ningún desengaño ni he herido la ingratitud de nadie. Que no le guardo rencor a nadie. Que no aspiro nada más que a contribuir a mejorar las relaciones entre los habitantes de esta tierra y que:

“Con sólo Dios me acompaño,

“Y a solas la vida paso,

“Ni envidiado ni envidioso.

Parece mentira que sea preciso hacer estas aclaraciones, y que la gasolina –el progreso– que a tantos caballos ha matado, a los ... otros no les hayas hecho, ni pío

Si... señoras y señores, y niños que están detrás –como dijo el orador novato– yo no he recibido todavía agravios de nadie, es decir, agravios personales y concretos. Ya se ha visto como pude estar todo el tiempo que quise en el escritorio comercial de un señor blanco

de grata recordación, tratando con blancos casi exclusivamente. Como después estuve frecuentando las casas de nuestras más ilustres familias blancas, a las cuales vendía artículos de fantasía. Como fui el principal Tenedor de Libros de la Renta de Loterías durante todo el período del General José M. Gómez que abrí y llevé de mi puño y letra el Diario, el Mayor y el Libro de caja de ese Departamento. Cómo no habiendo jamás pensado en hacer política, no por falta de ambición, muy justificada en todo buen ciudadano, sino porque tal vez habría tenido que empezar cargando candilejas –y eso no me gusta– no he sido víctima de las cosas feas que pasan en el campo de la política menuda. Y como después vino el ejercicio de mi profesión actual, siendo blancos casi todos mis clientes.

Pero ustedes no conciben que un espíritu se sienta enfermo si el cuerpo está sano. Yo soy negro, y como tal, sufro de ver que por causas complejas que trataré de estudiar después, mi raza, y yo con ella, sufrimos las consecuencias de una preocupación artificial y abstracta, que, por su fisonomía especial, se presta a ser destruida por aquellos blancos y negros de noble sentimientos [sic] y de inteligencia cultivada que por fortuna abundan entre nosotros y con los cuales cuento yo para esta obra realmente altruista que estamos iniciando.

Así pues os digo a vosotros los que salís a escena debajo del barítono, que con vosotros no va nada

Que seguiré cantando mi papel sobre vuestros lomos, en compañía de los buenos, de los que tienen el corazón abierto a los impulsos generosos y la mentalidad preparada para comprender la razón y rectificar errores tradicionales; y que sobre una base de sinceridad, cordialidad y respeto al criterio ajeno, conquistaremos para mi raza beneficios que ustedes no pueden imaginar.

¡Pero hombre...! ¿A quién se le ocurre que el periodismo sirva para encumbrarse?

Gustavo E. Urrutia.

EL DIAGNÓSTICO

(Abril 25 de 1928, p.7)

No puede negarse (que con negarlo no se oculta), ni hay por qué ocultarlo tampoco, que en Cuba existe lo que, por ser breves llamemos “prejuicio racial”; y habiendo dejado que este problema delicado se resuelva por sí mismo, como hacemos con nuestros asuntos más vitales, hay que reconocer, a la vez, que algo se ha mejorado en el tiempo que nos separa de la esclavitud.

Y aquí me tiene [sic] ustedes ya hecho un magíster, echándome encima la responsabilidad de pretender señalar soluciones, y, por supuesto, al borde del ridículo más divertido de la época

¡Qué osadía...! El hombre se ha colado en el circo con su megáfono en ristre, hablando claro, haciendo afirmaciones rotundas, pretendiendo “entrarle” a un asunto delicado, tan espinoso, tan pasional, sobre el cual han discurrido tantos hombres esclarecidos en el mundo...! No hay caso, es el mismo de siempre, el de los climas cálidos...; el de la Cruz Milagrosa; el chifladlo [sic]

Pero no haya alarma, señores. Esto no es más que un ejercicio mental que me ha recitado un alienista para ver si... me regenero. Puede seguir su marcha el sol.

Yo sé [sic] de la sangre y las lágrimas que han costado al mundo los antagonismos étnicos, religiosos o políticos. Pero apartándonos de los libros y de la historia, y mirando dentro de nuestra misma patria como quien observa con un microscopio, se ve que el prejuicio racial en Cuba es una mera ficción; un hábito mal llevado; un prurito de imitación exacerbado últimamente por un mayor contacto con el “vecino de enfrente” –como decía cierto bodeguero en los días del bloqueo– al igual que se ha querido copiar por ciertos elementos decadentistas, otros hábitos ridículos o groseros de este vecino, cuyas virtudes no les interesan tanto.

La preocupación racial entre nosotros no reside, afortunadamente, en el corazón. Es sin duda una dolencia mental, no cardíaca. El cerebro es quien la mantiene y la cultiva, y no las pasiones, el odio, la repugnancia. Y por eso yo creo con mi terquedad vascongada, que es relativamente fácil combatirla y vencerla.

A cada paso estamos viendo que, en el fondo, lo que pasa entre el blanco y el negro aquí, es idéntico a lo que ocurre entre dos buenos amigos que a fuerza de quererse están siempre disputando, se ponen celosos y se dicen pesadeces, para luego, a la primera desgracia, al menor conato de atropello de un extraño, caer uno en brazos del otro olvidando todas su “boberías”.

En los tiempos peores, los blancos y los negros hicieron cosas muy hermosas en pro de la fraternidad cubana, que ha de tener el gusto de recordar en esta Sección para que nos sirvan de ejemplo, de estímulo y de antecedentes para plantear y resolver las cuestiones que están latentes en este asunto.

En síntesis diremos hoy que, a mi juicio, lo que ocurre es que los pensadores, la alta mentalidad blanca cubana, ve con cierta prevención, (no con temor), el desarrollo de la potencia mental de los negros. Este recelo se explica porque ellos no saben a dónde vamos y qué queremos. Ellos nos aconsejaron, nos exigieron, que nos ilustrásemos y nos ayudaron a conseguirlo, pero ahora no conocen nuestros ideales o mejor dicho, nuestras ambiciones. Ya ha llegado el momento de que nos manifestemos, de que les expliquemos llanamente nuestros pensamientos; qué es lo que la cultura nos ha enseñado.

Entonces, cuando nos conozcamos mejor, cuando se convenzan que no somos antagonistas sino colaboradores, cuando por la vía del cerebro perciban nuestras palpitaciones, se disiparan todos esos nubarrones que oscurecen nuestro ambiente, y brillará pleno de amor el astro de la cordialidad y de la confianza mutua.

Permítasenos repetirlo. El prejuicio racial cubano está en la mente de los que guían nuestra

conciencia nacional. Es una preocupación, un apercibimiento. En sus corazones y en el de los otros cubanos, en la gran masa, solo hay amor para sus hermanos negros.

A nosotros nos toca hablar ahora para que nos conozcan en este nuevo aspecto, queya [sic] en el del patriotismo heroico [sic] hemos dicho la última palabra.

Gustavo E. Urrutia.

HONRAR PADRE Y MADRE
(Abril 26 de 1928, p. 7)

Ya que...! Por fin...! Estoy entrando en la médula de esta materia, quiero hacer como los bañistas del tiempo de España, que se persignaban antes de lanzarse al mar, en aquellos balnearios cubanísimos de S. Rafael, Los Campos Elíseos, La Isleña, etc. [sic], o acá donde nos bañábamos los pobres, en las pocetas igualitarias del litoral de S. Lázaro.

Al aprehender con el estudio de esta enfermedad que yo califico de mental: el racismo criollo, quiero evocar con amoroso respeto aquellas figuras nobles, sencillas, modestas y tesoneras de nuestros padres, de nuestros abuelos, de aquellas dos generaciones que nos precedieron, a las cuales le debemos todo, los que hoy blasonamos de cultos y pedimos a nuestros paisanos blancos un lugar en el estrado.

A los que cumplieron cabalmente su sagrado deber paternal de formar nuestro carácter, de sembrar en nuestros ánimos la afición al estudio. ¡Ellos... que vivieron en una época en que a la gente de color no se les consentía pasar de las cuatro reglas...! ¡Cómo puso Dios en sus corazones la confianza en el porvenir para animarnos a sus hijos, a sus nietos queridos, a avanzar a tientas por la senda del progreso, hacia una meta positivamente vedada entonces par nosotros!

Es justo recordar también con gratitud, la generosidad de aquellos corazones blancos, como el Marqués de Santa Lucía, D. Miguel Aldama, D. Antonio González de Mendoza, D. Francisco Giralt, D. Miguel María Chomat, el catalán D. Miguel Steach. Los diputados cubanos Miguel Figueroa, Rafael María de Labra, Rafael Fernández de Castro, Rafael Montoro, Julio Vizcarrondo (portorriqueño), Nicolás Azcárate, etc. que no se contentaban de la libertad material del negro, y se interesaban en la moral, ayudando a educarse al hombre de color para elevarlo hasta ellos, pues estimaban que era una obra de reparación que le debían, por las injusticias de la esclavitud.

Debemos honrarnos también recordando que en 1879 el General D. Arsenio Martínez Campos, entonces Gobernador General de esta Isla, dió [sic] una circular a todos nuestros Ayuntamientos recomendando que se atendiera la educación de los niños de color... “pues por encima de todas las preocupaciones estaba la obligación de enseñar al que no sabe”.

Mas con ser tan edificante la obra de estos preclaros pensadores de nuestra historia, —que hemos de volver sobre ella en no lejana ocasión— lo que es realmente conmovedor es el ardor, el entusiasmo, la ciega fe en el destino, de aquellos nuestros antepasados negros, muchos de ellos completamente analfabetos, que se sacrificaron en todo para lograr que los hijos de sus entrañas aprendieran a leer, escribir y contar, y a oficios, produciendo aquella generación de artesanos de color que, respondiendo a los anhelos de progreso y de cultura sembrado en sus almas por sus mayores fundaron aquellas sociedades de recreo, instrucción y socorros mutuos, aquellos verdaderos seminarios donde nos formamos nosotros.

Me refiero al Centro de Cocineros, Centro de Cocheros, La Bella Unión, La Divina

Caridad... que a su vez prepararon el camino a la brillante Unión Fraternal de nuestros días, al Centro Maceo y al ilustre Club Atenas, por mencionar solo las de la Habana.

Honor también a nuestros educadores, acerca de los cuales, al par que de los benefactores blancos hemos de escribir llenos de amor y reconocimiento. Para esta obra de gratitud hacia nuestros antecesores, hemos de aprovechar los datos que nos ofrece la erudición histórica de nuestro querido amigo el doctor Ramiro Cuesta.

¡Qué grato, qué confortante resulta hablar de Antonio Medina, el maestro de Juan Gualberto Gómez, de Miguel Gualba, de Ramón Canals, de mi difunto padre, de Apolonio Contreras...! De aquel maestro Julián Escalera que preparó tantos jóvenes en el Centro de Cocineros. De José Inés Calvo y Domínguez, gran educador, quien al par de las escuelas gratuitas de “Zapata” y de “Hoyo y Junco”, preparó aquella juventud brillantísima por todos conceptos, que encontró la Revolución de 1895, y que en ella desapareció.

Y así, yendo hacia atrás en tiempo, más [sic] no en prestigio, podemos llegar hasta el 1798 en que veremos a Lorenzo Menéndez y Mariano Moya, tenientes de milicia de los leales Batallones de Pardos y Morenos, maestros que se distinguieron mucho por su amor a la enseñanza, y que en 1801 tuvieron la gloria de llevarse un premio ofrecido por la Sociedad Económica de amigos del país de la Habana, a los maestros de escuela que presentaran diez niños que no pasaran de diez años, bien instruidos en Gramática y Ortografía. Estos dos maestros de color presentaron seis niños blancos y cuatro de color.

¡Gracias a Dios!... ¡Tenemos padres...!

Hojalá [sic] que podamos hacer por nuestros hijos lo que hicieron ellos por nosotros.

RIPIOS

(Abril 27 de 1928, p.7)

Estoy enfermo y mal dispuesto para dedicarme a la meditación y el estudio.

Cuando yo me metí en estas aventuras de los “ideales” tuve el presentimiento de que habría de enfermar, pues aunque por mi figura puedo representar bien el Quijote, –salvo accidente–, me faltan todos los ingredientes que hicieron recio por dentro más que por fuera, al sublime loco, y le dieron aliento para proseguir su obra.

Las emociones, las cavilaciones, la angustia que ha provocado en mi ánimo esta obra altruista que he emprendido; todo este trajín que me traigo yo solo, imaginando que, lo que yo siento dentro de mi, es el eco de la conmoción producida por mis escritos en la conciencia nacional; todo ese conjunto de agentes psicológicos que estoy poniendo en juego para salvar a mi patria, me han producido,

como secuela natural de tanta complicación... un catarro que... a la verdad, no me lo merezco.

No me lo merezco, de veras. Yo esperaba una dolencia mental... aristocrática, ... presentable.

No puede admitirse que las causas más sublimes produzcan defectos tan pedestres... tan cursis. Porque el catarro es el prototipo de lo cursi, con todos sus anexos, que no es delicado recordar.

Si esto sigue, me veré precisado a publicar diariamente un Boletín... No. 1... No. 2... (como en las huelgas) para que mis lectores se mantengan bien enterados. Pero con eufemismos bien escogidos.

Aunque... más vale decir francamente que estos ripios, y los temibles boletines y cualquier otro disparate que se me pueda ocurrir, los mandaré para llenar el hueco que corresponde a los “Ideales” mientras se repone mi preciada salud, porque no me conviene perder la clientela... y la tienda mucho menos.